

# Disquisiciones sobre el arte de enseñar en los tiempos del coronavirus<sup>1</sup>

**Marta Cecilia Palacio Arteaga<sup>2</sup>**

<sup>1</sup> Este texto hace parte de la experiencia realizada en el Seminario Educación Sexual y Desarrollo Psicoafectivo y Moral.

<sup>2</sup> Profesora de cátedra en la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: mceciliapa@yahoo.com.co

«No pinto el ser; pinto el tránsito»

**Michel de Montaigne**

**C**omencemos diciendo cómo desde los albores de la humanidad el hombre ha tenido que combatir contra uno de los rostros que comporta la Parca, el amo absoluto de la muerte o la dadora de tumbas, dicho de otra manera, lo real de la muerte o la *tyche*, tal como la denominará el filósofo que la tradición griega nombrará Aristóteles. Es tan siniestro el poder de la muerte que hoy en el siglo XXI hacen presencia enemigos que, si bien son tan pequeños que al hombre solo le es posible observarlos a través de un microscopio, develan todo el arte que tienen para dar por concluida la vida humana: los virus. En muchas oportunidades han resultado ser más letales que las guerras y las hambrunas padecidas por la humanidad. Virus que han suscitado vastas epidemias que, coloquialmente, han sido nombradas pestes.

Dejándonos llevar por el río del tiempo hacia el pasado que atesora la memoria recordemos que, en las Sagradas Escrituras, específicamente en el Antiguo Testamento, se narra el castigo, con diversas plagas, infringido por Jehová a los egipcios por mantener en estado de vasallaje al pueblo israelí, a saber: ranas y langostas. Pestes que, con gran presteza, devoraron sus cultivos y su ganado.

Ahora, si nos dirigimos al mundo antiguo se tiene la gran peste que diezmó durante la guerra más importante emprendida por los griegos: la guerra del Peloponeso. Vale decir que fue un conflicto que le duró veintisiete años a la potencia hegemónica de Atenas, y entre cuyas víctimas fatales la historia registra la desaparición del gran estadista y estratega conocido como Pericles.

A la sazón, la plaga más mortífera que ha asolado jamás a la humanidad, según los cálculos, fue la acaecida en el siglo XIV, aproximadamente, entre el 1346 y el 1355: la tan conocida peste negra. Esta destructora dejó en toda Europa un saldo aproximado de doscientos millones de muertes. Sin lugar a duda, la plaga en cuestión se ha constituido como la mayor expresión de la dadora de tumbas; y ello si hemos de tener en cuenta que ni siquiera la «gran fiesta universal de la muerte», la Segunda Guerra Mundial en el sentir del escritor alemán Thomas Mann, con sus fábricas propias de muerte expresadas en los campos de concentración de Chelmno, Belzec, Majdanek, Auschwitz, y Treblinka, entre otros, arrojó tal pérdida de vidas humanas: cincuenta y cuatro millones de civiles y seis millones de judíos.

En este orden de ideas, cabe citar la pandemia que desbastó a la Rusia zarista en el año de 1893: el cólera. En menos de cuatro días concluye con la vida del insigne compositor Piotr Ilich Tchaikovsky que, con obras tan bellas como *El lago de los cisnes*, *Cascanueces*, *La bella durmiente*, por nombrar solo algunas, posicionará a su país como una de las grandes potencias del *ballet* clásico. Y la lista continúa con la peste de la lepra y el VIH. Esta última, en el siglo XX, particularmente en el continente africano, cobró la vida de más o menos treinta millones de personas. En consecuencia, un logro fundamental, de un lado, es el incremento de las posibilidades de vida; del otro es la conquista de la meta que orienta el principio de placer, como reza la búsqueda de la felicidad y la dicha; todo ello resumido

en las diversas conquistas que el hombre ha alcanzado en el campo científico. Ejemplo de ello es la invención de la incubadora, el suero para la hidratación oral, los cilindros de oxígeno, los métodos anticonceptivos; y las vacunas contra el cólera, el tifus, la tuberculosis, la lepra, la malaria, entre otros. Hoy, la vacuna contra el virus que provoca la enfermedad de la covid-19 le permitiría al mundo entero protegerse del sufrimiento y así crearse un seguro de dicha y satisfacción.

A tenor de las cifras formuladas por la Organización Mundial de la Salud –OMS– la covid-19 –coronavirus, como palabra genérica– ha dejado a la fecha un saldo de ocho y medio millones de víctimas –entre fatales y contagiados– en todo el orbe. Desde sus orígenes hasta el mes de julio de 2020. Cita o encuentro con la muerte que le ha demandado al hombre, al modo de una revolución copernicana, reestructurar y reinventar el vínculo establecido con los diversos bienes reconocidos como culturales. Entre estos, cabe citar, en primer lugar, los bienes materiales que le han permitido al hombre protegerse del poder de la naturaleza, y tras ello, mejorar sus condiciones de vida en el planeta Tierra.

En segundo lugar, en relación con la pregunta alusiva a los bienes abstractos, en particular, el valor de la limpieza. Considero que es importante destacar su valor en este siglo XXI. Actualmente, dada la emergencia sanitaria que vive la humanidad, esta ha pasado a convertirse en un bien relevante que el *otro de la cultura* o el *campo de lo simbólico*, al igual que acaecía en la infancia, demanda como atributo esencial, en relación con el cuidado y protección de la vida.

En tercer lugar estarían las actividades psíquicas-espirituales superiores, entre las cuales se enuncian el trabajo intelectual y científico. Oficios que, en la emergencia del coronavirus, y con esta, el confinamiento preventivo y obligatorio establecido en el mundo entero, se constituyen para muchos seres hu-

manos en una gran fuente de felicidad al hacer posible el desplazamiento de tendencias o mociones agresivas, hostiles y narcisistas hacia nuevas metas valoradas en el entorno cultural. Finalmente, se tiene el lazo social con el semejante que, si bien tuvo un lugar relevante en la creación de la cultura o de la civilización, hoy, paradójicamente, se ha constituido en una de las principales fuentes de sufrimiento con respecto a cualquier otra. Ello se debe a que hemos de tener en cuenta que un virus, a diferencia de una bacteria, requiere de huéspedes vivos para su reproducción: plantas, animales o seres humanos. Así pues, el confinamiento preventivo, ley que ordena el campo del lenguaje o el campo del otro, tiene como fundamento enunciarle un límite al amo absoluto de la muerte.

Llegados a este punto podríamos interpelar: ¿cuál es la relación existente entre las digresiones enunciadas acerca de lo real de la muerte, representada simbólicamente en el fenómeno de las pandemias, y el quehacer pedagógico? Al respecto, y en relación con los planteamientos formulados por el filósofo español Fernando Savater en su texto *Ética para Amador* (1991), se diría que las contingencias y los accidentes son consustanciales a toda existencia, en otros términos, aunque al hombre no le es dada la posibilidad de elegir las vicisitudes que el trasegar le depara, sí tiene la libertad de elegir cómo responder en relación con aquello que le acaece, de acuerdo con sus propias capacidades de adaptación.

Libertad que le supone a todo sujeto elegir el lado del jardín a ser habitado. Así pues, de un lado del jardín se tendría la posición subjetiva avalada por el goce, la queja, el malestar, la insatisfacción, la pasión por la ignorancia; del otro lado, las musas de la inspiración susurrarán deseo, ganas de reinventar y reconstruir el proyecto existencial a partir de las dádivas que el decurso de los días le ofrece a cada quien; de igual forma, la construcción de valores tales como el esfuerzo, que está orientado a la superación de los límites que supone

la consecución de aquello que causa el deseo del sujeto. Por consiguiente, todo ser humano, del mismo modo que el orbe, está habitado por mociones o sentimientos que tienen el carácter de ser ambivalentes y tras-históricos. En palabras del mundo de la literatura se diría: «El ser humano está compuesto, como la armonía del mundo, de elementos contrario ... suaves y duros, agudos y bajos, blandos y graves» (Montaigne, 2007, p. 1628). En consecuencia, cada sujeto elige, inconscientemente, sus soluciones de acuerdo con cada una de las fuerzas o impulsos que gobiernan su casa, a saber: la pulsión de muerte o el principio del odio; o la pulsión de vida o el principio de la amistad.

La pulsión de muerte o el principio del odio se hace vida en pasiones como el resentimiento, la rivalidad imaginaria, la envidia, la agresión, la pereza, y en actos como la guerra, el suicidio, el homicidio, los desastres naturales y el maltrato al semejante. Impulso destructivo cuyo fin esencial es lograr que el ser humano regrese al lugar del cual una vez partió.

En lo que hace alusión a la pulsión de vida, también conocida como *eros*, que a diferencia de la pulsión de muerte comporta como tarea fundamental la unión y la cohesión de lo existente en unidades cada vez más vastas. Así, la pulsión de vida, amén de expresarse en afectos como el amor, la ternura, la fraternidad, la solidaridad y la cooperación; de igual forma se presenta en el lazo social, para nuestro caso la praxis pedagógica, en el principio ético del respeto a la palabra empeñada, en la formulación de leyes y contratos que definen los derechos; como también en las responsabilidades a ser asumidas, en la

toma de conciencia que permite reconocer que en el encuentro con el semejante cobra igual relevancia el arte de escuchar como el arte del bien decir, aún en el trabajo académico realizado vía la plataforma.

Así pues, de los planteamientos precedentes se puede colegir que los impulsos pulsionales o las pasiones tienen como esencia el ser estructurales a la vida anímica de todo ser humano; entonces la interpelación que nos compete formular a todos aquellos sujetos que, causados por el deseo, hemos decidido ocupar la función magisterial, rezaría así: ¿cómo resistir ante la emergencia del real externo o la covid-19 en diálogo con la violencia de las pasiones que abrumó los espíritus que habitan las relaciones pedagógicas? La respuesta a la pregunta en cuestión se apunta en el campo del deseo en correlación a los lineamientos académicos establecidos por la instancia tercera, denominada Universidad de Antioquia; el trabajo vía las TIC.

En este orden de ideas, quiero expresar mi testimonio de gratitud a la Universidad de Antioquia pues, si bien es cierto que otrora era una neófita en el saber en cuestión, hoy, no obstante, tras haber asumido dicho desafío, nuevos caminos para transitar con el ser y el hacer, en relación con la pregunta por el arte de educar, comienzan a ser pincelados. Por ello, la presencia actual de la Parca nos ha demandado a los habitantes del planeta Tierra, amén de trabajar en aras de re-inventar la relación con la cultura, reconstruir el sentido del bello término «educar». En el sentir de Michel de Montaigne (2007): «El cambio y la variación es uno de los aprendizajes más útiles»

(p. 168) y el riesgo más arduo a ser asumido.

Evocando la conocida *trinidad pedagógica* formulada por el historiador griego Plutarco, la cual reza que el maestro, el discípulo y el saber se constituyen en las tres variables que fundan el lazo educativo, al respecto se enuncia: «Sin la presencia corporal de un maestro no es posible hablar de acto educativo» (Giraldi, 2008, p. 26). Esto puede suscitar diversas interpelaciones: ¿cómo explicar que, en el aula de clase que dispone de la presencia física del maestro, esta no sea garante del vínculo pedagógico? Teniendo en cuenta que, en el trabajo realizado a través de las TIC, la presencia física del maestro tiene como esencia el registro del mundo de lo simbólico o de la palabra; entonces, ¿en estas no es posible hablar de relación pedagógica?, ¿cuál es el verdadero hilo que en el arte de educar permite hilvanar la famosa trinidad pedagógica formulada por Plutarco? Así, si se entiende que la ley que estructura a todo ser humano es el deseo, entonces es la presencia de este bien la que le ha permitido al ser humano la creación de las obras más sublimes: la musa de la inspiración que hará posible la invención del vínculo pedagógico, aún en el trabajo académico realizado a partir del empleo de las TIC.

Es la polifonía del universo del lenguaje, de la palabra, del universo de lo simbólico inscrita en el diálogo, la conversación, la pregunta y la reflexión apuntalada, de un lado; y en la adquisición de un saber académico o profesional, del otro; en la pregunta por el ser del discípulo que se deja decir en las alegrías y las conquistas obtenidas en campos como la música, el dibujo, la pintura, la alta costura, la repostería, el tejido a mano, el cuidado del jardín, el cultivo de verduras, entre otras... El registro que, al unísono del transitar del caracol, permite gobernar lo real del goce que se tomó en arrendamiento en la plataforma.

Es la voz del deseo aquella que va narrando las bellas historias de aquel lejano y año-

rado pueblito de Nariño –Puerres–, cuyas imponentes montañas y su gélida neblina al sujeto, hoy, solo le es doble evocar; o aquella otra voz que, a pesar de portar un cuerpo doliente, enfermo, de manera homóloga a una muralla, siempre está firme en la plataforma porque... «lo más importante es estar viva». O bien, esa otra voz que, con gran inquietud, narra cómo en el municipio de Medellín es su barrio quién suma el mayor número de personas portadoras de la Parca o el amo absoluto de la muerte, el virus culpable de la covid-19. Incluso, otra voz que, alegremente, comparte sus logros culinarios ya que por fin logró preparar un exquisito arroz.

Estas son las voces que, en relación con la pregunta por las manifestaciones de la resiliencia en los tiempos de la covid-19, se adaptan a través del humor: alegremente comparten los memes más divertidos realizados acerca de esta crisis. La faz amable del yo que al tener como fundamento el placer humorístico evita que este se eclipse ante el sufrimiento o el malestar que le supone el mundo exterior.

En fin, son las voces que en el encuentro intitulado *Una invitación por la esperanza*, comparten con entusiasmo el aviso clasificado en el cual se dona a otro integrante del grupo un valor o virtud que le permitirá resistir al amo absoluto de la muerte, representada por la pandemia del siglo XXI. Unos aportan la alegría, la fraternidad, la bondad, la confianza, otros el optimismo, la esperanza, la comprensión, el perdón.

De esta manera diría que, en medio de una época tan aciaga, es la educación, y con esta, el deseo de enseñar, quien debe pisar terreno firme. Y si bien el amo absoluto de la muerte proscribió el placer de disfrutar del tiempo del espacio sagrado que comporta el aula de clase, bien se podría decir: habitar bajo el poder omnisciente de la Parca convoca al maestro a la asunción del arte de enseñar como una creación del deseo. Todo ello a la manera del filósofo griego Estilpón, quien tras sufrir el

saqueo de su casa por Demetrio Poliorcetes, Asediador de Ciudades, rey de Macedonia, fue interrogado acerca de cómo podría indemnizarlo por el acto en cuestión. Demetrio respondió: «La Paideia no se la ha llevado nadie de mi casa» (Jaeger, 2006, p. 405).

A modo de conclusión diría que el trabajo con las TIC le demanda como compromiso ético insoslayable al maestro reconocer que, si bien el arte de educar, al igual que el arte de gobernar y de psicoanalizar, son tres quehaceres u oficios que tienen que ver con los impulsos pulsionales que residen tanto en cada ser humano como en su propio domicilio, no es menos cierto que es la red del deseo quien lo define: la que convocará a la creación de vías civilizatorias en las cuales las tendencias o los impulsos de muerte se hagan compatibles con la vida.

**Memoria histórica.** ¿Cómo los estudiantes inscritos en el espacio de formación Seminario de Educación Sexual, Desarrollo Psicoafectivo y Moral han contribuido al progreso de la cultura en los tiempos de la Parca o de la dadora de tumbas?

## Referencias

- Freud, S. (1979). El Malestar en la Cultura. En J. L. Echeverri y J. Strachey (eds.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 59-140). Buenos Aires: Amorrortú.
- Giraldi, G. (2008). *La educación sexual escolar y los síntomas actuales. Conexiones entre educación y el psicoanálisis*. Argentina: Homo Sapiens.
- Jaeger, W. (2006). *Paideia: Los ideales de la*

*cultura griega*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lacan, J. (1964). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Montaigne, M. (2007). El arrepentirse. En *Los ensayos* ([según la edición de 1595 de Marie de Gournay] 8a ed., pp. 1201-1221). Barcelona: Acantilado.

Savater, F. (1991). *Ética para Amador*. Barcelona: Ariel.

**T**

eniendo en cuenta que, en el trabajo realizado a través de las TIC, la presencia física del maestro tiene como esencia el registro del mundo de lo simbólico o de la palabra; entonces, ¿en estas no es posible hablar de relación pedagógica?, ¿cuál es el verdadero hilo que en el arte de educar permite hilvanar la famosa trinidad pedagógica formulada por Plutarco?